

Cuando el tiempo demudare
 En Ávila y en Segovia,
 La mujer que fuere novia
 Parirá desque empreñare,
 Y en Madrid, quien madrugare
 Levantarse ha de mañana;
 Y el que en Toledo morare
 Hallará, si bien contare,
 Que el que pierda poco gana...

Lo que principalmente nos hace recordar composición tan baladí, es que andando los tiempos tuvo el honor de ser imitada y comentada con soberana chispa é incomparable socarronería por D. Francisco de Quevedo, cuando en la *Visita de los chistes* hace profetizar á Pero Grullo «cosas que tienen más veras de las que parecen».

Muchas cosas nos dijeron
 Las antiguas profecías:
 Dijeron que en nuestros días
 Será lo que Dios quisiere.

.....
 Las mujeres parirán
 Si se empreñan y parieren,
 Y los hijos que tuvieren
 De quienes fueren serán...

.....
 Volaráse con las plumas,
 Andaráse con los pies,
 Serán seis dos veces tres...

También Juan del Encina figura entre los personajes populares y emblemáticos de este admirable *Sueño*, gracias á otra festiva composición suya que logró, sin saberse por qué, tanta notoriedad, que su título vino á ser inseparable del nombre de su autor, aun en tiem-

pos en que el *Cancionero* de éste yacía en el olvido más profundo. «Vivos de Satanás (dice la Sombra del poeta evocada por Juan del Encina), ¿qué me queréis que me dejáis muerto y consumido?... Soy yo el malaventurado *Juan de la Encina*, el que habiendo muchos años que estoy aquí (en el otro mundo), toda la vida andáis, en haciéndose un disparate ó en diciéndole vosotros: «*No hiciera más Juan de la Encina; daca los disparates de Juan de la Encina.*» Habéis de saber que para hacer y decir disparates, todos los hombres sois *Juan de la Encina*; y que este apellido de *Encina* es muy largo en cuanto á disparates... Y si por hacer una necedad anda Juan de la Encina por todos esos púlpitos y cátedras, con votos, gobiernos y estados, enhoramala para ellos; que todo el mundo es monte, y todos son Encinas.»

Los tales *disparates* que justifican plenamente su nombre, y que sólo por su rara fortuna tradicional pueden recordarse, comienzan de esta suerte:

Anoche de madrugada,
 Ya después de medio día,
 Vi venir en romería
 Una nube muy cargada,
 Y un broquel con una espada
 En figura de hermitaño,
 Caballero en un escaño...

De estas desaforadas coplas, que tuvieron la virtud de convertir á su autor en un personaje de *folk-lore*, borrando casi en la fantasía de las gentes su personalidad histórica, no se desdeñó de hacer imitaciones (que el malo y casero gusto del siglo XVIII celebró más que otras cosas muy amenas y sensatas de su autor)

un ingenio tan culto como D. Tomás de Iriarte. Recuerdense aquellas tan sabidas décimas con su glosa:

Vino un día Menelao,
Sobrino de Faraón,
Conducido en un simón
Hasta el puerto de Bilbao...

y las no menos famosas quintillas, que tienen más gracia porque parece que envuelven una burla de la pedantería de cierta casta de eruditos:

En la *Historia* de Mariana
Refiere Virgilio un cuento
De una ninfa de Diana,
Que, por ser mala cristiana,
Fué metida en un convento...

Sería injusto quien, fijándose únicamente en composiciones de la infima laya de los *Disparates trobados*, confundiese á Juan del Enzina en el grupo de los copleros chabacanos y adocenados. Mucho tuvo de coplero, como todos los poetas de su tiempo y de su escuela; pero también tuvo relámpagos de noble y delicada poesía. ¡Con qué tierna sencillez dice en la *Consolatoria á un amigo en la muerte de su madre*, recordando los pensamientos de Jorge Manrique:

¿Qué es la vida sino flores
Nacidas en poco rato,
Que ya cuando no me cato
Tienen muertas las colores?
¡Oh qué dulzor de dulzores
Morir una vez no más,
Por cobrar sin más dolores
Vida de grandes primores,
Dónde no mueren jamás!

¡Con qué gentileza caballeresca sale á la defensa de las mujeres, contradiciendo á los maldicientes trovadores de la escuela de Torrellas! (1). Rasgos hay en estas coplas que parecen dignos de la suave musa que dictó *El Premio del bien hablar*:

Si á mujeres ultrajamos,
Miremos que deshonramos
Las canas de nuestras madres.

(1) No sabemos qué interpretación racional puede darse á la extraña alusión que contienen estos versos del poema obsceno *Pleito del Manto*, incluido por primera vez en el *Cancionero General* de 1514:

Ante Torrellas apelo,
Que merece mil renombres,
Porque sostuvo sin velo,
Mientras estuvo en el suelo,
El partido de los hombres;
É si dijeren que es muerto,
Por ser del siglo pasado,
En Salamanca, por cierto,
Un hijo suyo encubierto
Tiene su poder cumplido.
El cual es aquel varón
Que muy justo determina,
Sabidor con discreción
Que llaman Juan del Encina...

Si se trata de paternidad física, tal especie necesitaría apoyo en algún documento más serio. Y si se trata de paternidad intelectual en el sentido de que Juan del Enzina hubiese adoptado ó heredado las ideas del caballero catalán y especialmente su aversión á las mujeres, que tan cara le costó, según la leyenda; nada hay más contrario á lo que resulta de estos versos, y especialmente del final de ellos, que no sería gran muestra de ternura filial, si hubiera de tomarse al pie de la letra lo que dice el *Pleito*:

¡Bendito quien las sirviere
Y ensalzare su corona!
¡Viva, viva la persona
Del que más suyo se viere!
Muera quien mal las desea
Peor muerte que Torellas:
En placer nunca se vea
Y de Dios maldito sea
El que dijere mal de ellas!

Pero hay que reconocer que en sus composiciones de más empeño, si Juan del Enzina acierta en ocasiones, rara vez se sostiene mucho. Su misma facilidad le hace verboso y prosaico: le falta aliño, le falta arte, y á pesar de sus aspiraciones dogmáticas, le falta también un elevado concepto de la poesía. Si no hubiera hecho más que *triumfos de la Fama y justas de amores*, su nombre yacería tan olvidado como los de otros innumerables poetas del siglo xv. Lo que le salva son los elementos musicales y populares de su poesía, sus villancicos y sus glosas. Sus composiciones mayores yacen como informes y pesados cuadrúpedos en el fondo de su *Cancionero*, mientras zumba en torno de ellos un enjambre de espíritus alados. Aquel germen bienhechor y misterioso de la canción popular, que salvó del amaneramiento cortesano una porción, no grande, pero sí selecta, de la poesía de los trovadores gallegos, y que luego en Castilla ciñó las sienes del docto Marqués de Santillana con una guirnalda de flores campesinas, más lozanas y vivideras que todas las que artificialmente había cultivado en los jardines de su erudición: la musa de las *pastorelas*, de las *vaqueras*, de las *serranillas* y de las *villanescas* fué también la que sacó de la medianía á Juan del Enzina, marcándole el rumbo propio de su ingenio, y poniendo en sus labios un raudal de poesía dulce y sabrosa, natural y ligera, que traduce sin esfuerzo las impresiones de la juventud, de la primavera sonriente, del amor fácil. El estudio de estas canciones será siempre incompleto para el que no puede apreciar el mérito de las sencillas melodías que las acompañan, y que no son extrañas al tema, como sucede, por ejemplo, en las canciones de Béranger, sino

que fueron compuestas *ad hoc* por el mismo poeta. Diga quien sepa y pueda si en esta música de palacio había, como yo sospecho, elementos populares, que con el tiempo habían de prevalecer y de emanciparse. En las *letras* no cabe duda que los hay, si bien incorporados en una tradición lírica de carácter artístico. Algunas de estas letras, que el poeta mismo califica de *ajenas*, parecen más antiguas que él, y tienen sabor de fragmentos de romance viejo:

¡Oh castillo de Montanges,
Por mi mal te conocí!
¡Cuitada de la mi madre
Que no tiene más de á mí!...

El mismo Juan del Enzina había hecho romances, no solamente amorosos, sino también históricos y de asunto contemporáneo, como el de la toma de Granada:

¿Qué es de ti, desconsolado?
¿Qué es de ti, rey de Granada?!

menos inspirado á la verdad que el brioso villancico, en forma de diálogo, que compuso sobre el mismo argumento:

Levanta, Pascual, levanta;
Aballemos á Granada,
Que se suena que es tomada...
—Pues el ganado se extiende,
Déjalo bien extender;
Porque ya puede paecer
Seguramente hasta allende.
Anda acá, no te estés ende.
Mira cuánta llamarada,
¡Que se suena que es tomada!
—¡Oh qué Reyes tan benditos!
Vámonos, vámonos yendo,

Que ya te voy percreyendo
 Según oyo grandes gritos.
 Llevemos estos cabritos,
 Porque habrá venta chapada:
 Que se suena que es tomada.
 — Aballa, toma tu hato,
 Contaréte á maravilla
 Cómo se entregó la villa,
 Según dicen, no ha gran rato.
 ¡Oh quién viera tan gran trato
 Al tiempo que fué entregada!
 Que se suena que es tomada.

.....
 Ya luego allá estarán todos
 Metidos en la ciudad
 Con muy gran solenidad,
 Con dulces cantos é modos.
 ¡Oh claridad de los godos,
 Reyes de gloria nombrada!
 Que se suena que es tomada.
 ¡Qué consuelo é qué conorte,
 Ver por torres é garitas
 Alzar las cruces benditas!
 ¡Oh qué placer é deporte!
 Y entraba toda la corte
 A milagro ataviada,
 Que se suena que es tomada...

Por otra parte, es muy de notar que Juan del Enzina aplicó música nueva y de su composición (1) al romance viejo del Conde Claros: «Pésame de vos, el Conde», y quizá á algún otro; lo cual probaría, si menester fuese, su trato y comercio continuo con la musa vulgar. Sin ella no hubiera atinado nunca con estribillos tan felices como éstos:

(1) Núm. 329 del *Cancionero musical* de Barbieri.

Montesina era la garza
 E de muy alto volar:
 No hay quien la pueda tomar...

.....
 Decidme, pues, sospirastes,
 Caballero, ques gocéis,
 ¿Quién es la que más queréis?...

.....
 Romerito, tú que vienes
 De donde mi vida está,
 Las nuevas della me da...

Muchos de estos villancicos son dialogados, y anuncian ya en embrión al poeta dramático que con poco más desarrollo hizo sus églogas. Los más y los mejores son pastoriles, y los hay sacros y profanos. Los del Nacimiento tienen una gracia casi infantil. En los de amores villanescos suele haber una punta de candorosa malicia, que fué siempre la salsa del género, y que en las parodias realistas del Arcipreste de Hita había pasado algunas veces de la raya. Dentro de ella se contiene casi siempre Juan del Enzina en los deliciosos villancicos que principian:

Daca, bailemos, carillo,
 Al son deste caramillo...
 Una amiga tengo, hermano.
 Galana de gran valía,
 ¡Juro á Dios! más es la mía...
 Pedro, bien te quiero,
 Magüera vaquero...
 Ya soy desposado,
 Nuestramo,
 Ya soy desposado...

y otros muchos que pudiéramos citar, tan ricos de vocabulario rústico, tan suelta y limpiamente versifica-

dos, que parece que respiran olor de trébol y de retama. En la poesía bucólica española, que es género muy distinto de la égloga clásica, Juan del Enzina es un encantador maestro, y bien puede decirse que sólo fué superado por los grandes dramaturgos del siglo XVII, por Lope y Tirso.

Algunos de estos villancicos de Enzina, aunque no por cierto los mejores ni los que más conservan el sabor del terruño de Salamanca, han logrado favor hasta entre los versificadores cultos y los críticos de la escuela clásica. Y no es raro encontrar en antologías y Poéticas tan rígidas como la de Martínez de la Rosa, citados con elogio versos como éstos:

¡Ay triste que vengo

Vencido de amor,

Magüera pastor!

Más sano me fuera

No ir al mercado,

Que no que viniera

Tan aquerenciado;

Que vengo cuitado,

Vencido de amor,

Magüera pastor...

Con vista halaguera

Miréla, é miróme:

Yo no sé quién era,

Mas ella agradóme,

E fuese, é dejóme

Vencido de amor,

Magüera pastor...

De ver su presencia

Quedé cariñoso,

Quedé sin hemencia,

Quedé sin reposo,

Quedé muy cuidadoso,

Vencido de amor,

Magüera pastor...

Más vale trocar

Placer por dolores,

Que estar sin amores.

Donde es gradecido

Es dulce morir;

Vivir en olvido

Aquel no es vivir;

Mejor es sufrir

Pasión y dolores

Que estar sin amores...

En la estructura de los versos cortos, ningún trovador del siglo XV excedió á Juan del Enzina, porque nadie probablemente le igualaba en talento musical. ¡Con qué fluidez corren los hexasilabos de sus idilios!

Tan buen ganadico,

Y más en tal valle,

Placer es guardalle.

Ganado d' altura

Y más de tal casta,

Muy presto se gasta

Su mala postura;

Y en buena verdura,

Y más en tal valle.

Placer es guardalle.

Ansí que yo quiero

Guardar mi ganado

Por todo este prado

De muy buen apero:

Con este tempero,

Y más en tal valle,

Placer es guardalle... (1)

(1) Este villancico no se halla en el *Cancionero de Juan del Enzina*, pero sí en el *Cancionero musical* de la Biblioteca de Palacio. Otra variante de él, ó más bien otra composición anónima sobre el mismo tema, se lee en un pliego suelto gótico que empieza con las *Coplas de Antón Vaquerizo de Moraña*.

¡Con qué suave languidez y pausado timbre suenan
las coplas de pie quebrado!

Ya cerradas son las puertas
De mi vida,

Y la llave es ya perdida...

Hermitaño quiero ser

Por ver,

Hermitaño quiero ser...

Crescerán mis barbas tanto

Cuanto crescicre mi pena;

Pediré con triste llanto:

«Dad para la Magdalena.»

Si me quisieren valer,

Por ver,

Hermitaño quiero ser...

Quizá que por mi ventura

Andando de puerta en puerta,

Veré la gentil figura

De quien tien mi vida muerta;

Si saliese á responder,

Por ver,

Hermitaño quiero ser...

Los suspiros encubiertos

Que he callado por mi daño,

Hora serán descubiertos

En hábito de hermitaño,

Hora ganar ó perder;

Por ver,

Hermitaño quiero ser...

Aun la relativa inferioridad de Juan del Enzina en la poesía religiosa tiene, en esta parte de su *Cancionero*, brillantes excepciones, sin duda porque le ayudaban la música y el metro, como lo prueban los dos lindos, devotos y afectuosos villancicos que comienzan:

¿A quién debo yo llamar
Vida mía,

Sino á ti, Virgen María?...

Pues que tú, Reina del Cielo,

Tanto vales,

Da remedio á nuestros males...

Dicho queda que Juan del Enzina hizo romances, y aun hemos tenido ocasión de mencionar alguno. Y aunque todos ellos vayan en consonantes perfectos, según el uso de los trovadores de aquel tiempo, y pertenezcan de lleno á la escuela cortesana, aun en ellos se revela el alma popular del poeta; y á veces lo narrativo y caballeresco se infiltra á través de lo sentimental:

Por unos puertos arriba

De montaña muy oscura,

Caminaba el Caballero

Lastimado de tristura.

El caballo deja muerto

Y él á pie por su ventura,

Andando desierra en sierra,

De camino no se cura,

Huyendo de las florestas,

Huyendo de la frescura... (1)

Pero no fué en la lírica propiamente dicha donde Enzina dió mayores pruebas de talento poético. Hay otra región vastísima del arte en que nadie puede ne-

(1) De estos romances aconsonantados era fácil el tránsito á las redondillas, trabando los versos impares, como alguna vez hizo Juan del Enzina:

Yo me estaba reposando,

Durmiendo como solía,

Recordé triste llorando

La gran pena que sentía...

Es exactamente el metro en que está compuesto el antiguo *Poema de Alfonso Onceno*.

garle la gloria de iniciador, y de maestro de una escuela cuya vida se prolongó por más de medio siglo sin alterar substancialmente el tipo de representación dramática que él fijó. Y aunque la apreciación detenida de tales obras incumbe más particularmente á la historia del teatro, es imposible dejar de hacer aquí alguna mención de ellas, tanto porque su conocimiento es indispensable para estimar toda la importancia del poeta salmantino, cuanto por el número y valor de los elementos líricos que en este primitivo teatro se mezclaron.

Y ante todo, ¿cuál es el verdadero puesto que Juan del Enzina debe ocupar en la historia de los orígenes del drama nacional? ¿En qué consistieron realmente sus innovaciones?

Casi sin salvedad alguna se le puede clasificar como nuestro más antiguo poeta dramático de nombre conocido. Y digo casi, porque el descubrimiento del *Cancionero* de Gómez Manrique nos ha ofrecido el texto de dos brevísimas *Representaciones del Nacimiento y de la Pasión*, que seguramente son anteriores á las suyas. Pero el ningún artificio escénico y la extraordinaria sencillez de dichas piezas, destinadas á un convento de monjas, no permiten ponerlas en comparación con un teatro tan copioso, tan vario y relativamente tan desarrollado como el de Enzina. Gómez Manrique, y seguramente otros trovadores del siglo xv, pudieron ser ocasionalmente poetas dramáticos, pero sólo Juan del Enzina lo fué de un modo intencional, con vocación, con perseverancia, y con una marcha ascendente desde sus primeras obras hasta las últimas; siempre en demanda de formas nuevas y más complicadas.

No se equivocó, pues, la voz popular cuando llamó á Enzina «padre de la comedia española». Pero como quiera que los primeros escritores que le dieron tal dictado vivieron en tiempos en que su *Cancionero* estaba muy olvidado, no es maravilla que mezclasen con un hecho cierto tradiciones fabulosas. Así el discreto representante Agustín de Rojas, en su famosa *Loa de la Comedia* (1603), que se cita siempre al tratar de este asunto, no sólo restringe á tres el número de las églogas de Enzina, sino que equivoca los nombres de sus Mecenas:

Y donde más ha subido
De quilates la comedia
Ha sido donde más tarde
Se ha alcanzado el uso della;
Que es en nuestra madre España.
Porque en la dichosa era
Que aquellos gloriosos reyes,
Dignos de memoria eterna,
Don Fernando é Isabel
(Que ya con los santos reinan),
De echar de España acababan
Todos los moriscos que eran
De aquel reino de Granada,
Y entonces se daba en ella
Principio á la Inquisición,
Se le dió á nuestra comedia
Juan de la Enzina el primero,
Aquel insigne poeta,
Que tanto bien empezó;
De quien tenemos tres églogas
Que él mismo representó
Al almirante y duquesa
De Castilla y de Infántado,
Que éstas fueron las primeras;
Y para más honra suya

Y de la comedia nuestra,
 En los días que Colón
 Descubrió la gran riqueza
 De Indias y Nuevo Mundo,
 Y el Gran Capitán empieza
 A sujetar aquel reino
 De Nápoles y su tierra,
 A descubrirse empezó
 El uso de la comedia,
 Porque todos se animasen
 A emprender cosas tan buenas...

Sin más apoyo que estas noticias del *Viaje entretenido*, pero cometiendo nuevos errores, quizá por no haberlas entendido bien, el cronista Rodrigo Méndez Silva en su *Catálogo real y cronológico*, tan atropellado como todas sus obras, dió por sentado que «en el año de 1492 comenzaron en Castilla las compañías á representar públicamente comedias por Juan del Enzina, poeta de gran donaire, graciosidad y entretenimiento», siendo así que Rojas no habla de representaciones públicas ni menos de compañías de cómicos: término enteramente impropio y absurdo cuando se trata del siglo xv. Y finalmente, puso el colmo al disparate D. Blas Antonio Nasarre estampando en su prólogo á las *Comedias de Cervantes* la estúpida noticia de una *pieza cómica* de Juan del Enzina, representada en casa del Conde de Ureña para festejar á los Reyes Católicos en sus bodas celebradas en 1469: fecha en que el supuesto autor de esta *pieza cómica*, ó *ingeniosa pastoral*, como la llama Jovellanos, no había cumplido todavía un año.

Dejando aparte tales desvarios, lo que importa advertir es que en ninguna de las piezas sacras ó profanas de Enzina se encuentra el más leve indicio de

haber sido objeto de representación popular, y menos por compañías de cómicos asalariados. Las más antiguas fueron representadas en casa de los Duques de Alba: de otra consta que lo fué ante el Príncipe Don Juan: la *Farsa de Plácida y Vitoriano*, ó quizá alguna otra comedia que no conocemos, lo fué en Roma, en casa del Cardenal de Arborea. De las restantes nada puede afirmarse.

Por consiguiente, cuando se dice que Juan del Enzina emancipó y secularizó nuestro drama, se dice algo que en el fondo es verdadero, no sólo porque ninguna de sus piezas tuvo por escenario la iglesia, sino porque sus representaciones profanas son notablemente superiores á las devotas en número, en extensión y en mérito. Pero se olvida, por una parte, que el drama de la Edad Media no era exclusivamente hierático, puesto que al lado de los *misterios* existían los *juegos de escarnio*, y otros rudimentos de farsa profana; y por otra, que el tránsito del teatro de la iglesia al de la plaza pública no en todas partes fué inmediato, sino que apareció muchas veces como forma intermedia el teatro aristocrático y cortesano, al cual, por las circunstancias externas y materiales de su representación, pertenecen las obras de Enzina, aunque sean profundamente populares su inspiración y su estilo.

Nace este teatro, en su parte religiosa, de un fondo común á todas las literaturas de la Edad Media: del drama que en su forma latina, y aun en sus más antiguas formas vulgares, bien puede ser calificado de litúrgico, puesto que de la liturgia nació, siendo como una ampliación popular de ella. Recuérdese, por ejemplo, que un sermón de San Agustín, el *Vos, inquam*,